

DISCURSO QUINTO

EL JUICIO FINAL

Cum venerit Filius hominis in majestate sua, congregabuntur ante eum omnes gentes.

Cuando viniere el Hijo del hombre en su gloria y majestad, se reunirán en su presencia todas las gentes.

(MATT. XXV, 31-32.)

EXORDIO

I

Ex-ordiu.
1.º De la dura-za del pecador;

Y ¿hasta cuándo abusaréis, pecadores, de la clemencia de Dios y de las entrañas de misericordia que ha tenido siempre con vosotros? Ha callado hasta hoy su Majestad, ha enmudecido la divina Justicia, como insensible á los ultrajes y desacatos de los hombres. Mas ¡ay! que la paciencia, por mucho tiempo irritada, para en furor y estalla por fin la indignación. ¿No oís? Arcángel del Señor, destinado á pregonar al mundo el día de las venganzas, suene ya la espantosa voz de tu trompeta, y sientan los malvados la verdad de lo que digo. Cubríos, cielos, de nieblas, y no alumbréis á los pecadores sino con rayos y relámpagos. Lumbreras del firmamento, lloved torrentes de fuego, que abrasen sus heredades y las reduzcan á cenizas. Ábrete, ¡oh tierra!, traga sus casas y edificios. Fieras de los montes, salid de vuestras cuevas y escondrijos, y embraaveceos y despedazad y devorad á los enemigos de Dios, que van huyendo de poblado y buscan en las concavidades de las peñas un rincón donde guarecerse. Nadie escape:

por vehemente apóstrofe.

y sentencia.

2.º De la terribilidad de los castigos;

por grandiosa prosopopeya

á imprecación sublime.

mueran todos los pecadores de la tierra, consumidos por la cólera divina.

Corrección pa-
tética;

por antítesis

y sustentación.

3.º Del mayor
castigo en el día
último.
La vergüenza
propio castigo del
hombre.

por sustentación

y autoridad.

Prop. universal
de la terribilidad
del juicio;

por preterición

é imagen de ter-
ror.

Pero ¿qué hago, miserable de mí? ¿En qué me detengo? Amenazas son éstas, mil veces lanzadas sin provecho sobre la cabeza de los malos, y yo mismo recuerdo que, en otra edad más sencilla y más llena de esperanzas, pinté á los ojos de la muchedumbre, que me oía, estas escenas formidables; mas no tengo presente que ni un semblante se mudase, ni un corazón se estremeciese. Y así, ya que es fuerza tratar hoy del Juicio universal, he venido, finalmente, en dejar aparte la terribilidad de estas señales y castigos, para ceñirme á uno más espantable todavía, el cual, por ser peculiar del hombre, os aterrará seguramente, si conserváis en vuestro pecho algún rasgo de humanidad.

Y dije peculiar del hombre, porque ¿cuál otro castigo puede imponérsele que á él sólo hiera y lastime? ¿por ventura el hambre ó los azotes, ó los incendios, ó las heridas, ó la muerte? No, responde Santo Tomás de Villanueva, que todo esto lo pueden padecer las bestias. El castigo propio del hombre es la vergüenza y confusión. Porque los jumentos, dice, bien pueden ser golpeados, muertos y quemados, mas no avergonzados y confundidos: *Nam jumenta etiam percuti, occidi, cremari possunt, verecundari non possunt*. Y continúa muy discretamente: Entonces el hombre es castigado como hombre, cuando por sus delitos es afrentado en público. *Tum homo maxime ut homo punitur, quando pro delictis suis publice confunditur*¹. Por tanto, no esperéis, católicos, que os represente hoy, como se acostumbra, el desconcerto universal del mundo y las revueltas y pavorosas alteraciones del día postrimero; no os pintaré los relámpagos y exhalaciones de la atmósfera, los temblores de la tierra, las tempestades del aire, las crecientes de la mar. No os amedrentaré con el ruido de los truenos y torbellinos de fuego y humo, y caudalosas lluvias de rayos y centellas, cuando el sol amanezca con luto y la luna con sangre, y todas las luces celestiales, trastornadas sus órbitas, discurren sin tino, tendidas hacia el suelo sus rojas cabelleras.

¹ St. Thom. de Vill. Hom. 1. Dom. Adv.

No, católicos. Otro espectáculo más horroroso arrebatá hoy mi pensamiento, y es el del **pecador atónito y avergonzado delante de todo el mundo**. ¿No os parece, mis oyentes, esta vista la más desgarradora, la más triste y lastimera que se puede imaginar? Por fuerza, habéis de confesarlo, si sois hombres, si os preciáis de humanos y pundonorosos. Estadme, pues, atentos, y tema quien no se moviera con mis palabras, no haya perdido acaso el ser y distintivo de hombre.

Prop. particu-
lar y afectos de
confusión.

PRIMERA PARTE

II

Arg. 1.º
Vergüenza del
pecador en su pre-
sentación al ju-
icio.

Si hubo afrenta terrible en el mundo, fué, sin duda, la que Hanón, príncipe de los Ammonitas, hizo á los embajadores de David, por haber éstos hollado el derecho de gentes¹. Mandó que les rayesen la mitad de la barba, como á juglares ruines, y que les recortasen las túnicas y vestidos hasta los lomos ó cinturas: ¡vergonzosa vista aun á sus mismos ojos! ¡Con qué empacho comparecerían estos príncipes y embajadores de David en la presencia de Hanón y de los grandes de su corte! ¡Qué confusión sentirían al pasar en aquel traje vergonzoso por entre hileras de curiosa muchedumbre; y, finalmente, cuando, cargados de ultrajes y malos tratamientos, fueron enviados á su tierra, enseñando á todo el mundo su afrenta y desnudez! Considerad vosotros ese entrañable sentimiento que experimentarían los magnates del rey David; á mí me basta la ponderación de la Sagrada Escritura, donde se afirma que, en realidad de verdad, aquellos varones andaban vergonzosos y corridos por todo extremo: *Erant viri confusi turpiter valde*; de suerte que no osarían aquellos infelices ni

Por comparación
de miseri de los
embajadores de
David.

Descripción pa-
ta mover.

afectos de ruber

¹ 2 Reg., x.

alzar los ojos, ni decir palabra, y prefirieran antes dar á la cuchilla su garganta, que no beber un trago tan amargo.

Aplicación *ab ad-junctis*.

¿Delante de quién?

El divino Juez,

los santos

(distribución para mover afectos de reverencia).

los Angeles.

¿Quiénes?

los pecadores avergonzados.

(hipótesis y contraste).

¿Por quienes? por los demonios

(incremento rápido).

Luego.

Ampliación del rubor del condenado por comparación a miseri.

Plañón delante del tribunal.

Decidme, católicos, ¿qué será, pues, de los réprobos y condenados que pasarán una afrenta tanto mayor, no en una ciudad ó corte, sino en los ojos y presencia de todo el mundo? Verán los miserables sobre las nubes del cielo al Juez de vivos y muertos, Jesucristo nuestro Señor, asentado en resplandeciente trono de poderío y majestad. Verán acompañado de todos los poderosos y principados del cielo, asesores del tremendo juicio; allí el magnífico senado de los apóstoles, de los patriarcas y profetas, repartidos en angustas sillas, según el orden de su jerarquía y merecimientos; allí el ejército de los confesores, el coro de las vírgenes, la compañía de los anacoretas y los valientes escudrones de los nunca vencidos mártires, y con ellos multitud inmensa de espíritus angélicos, los cuales, hinchendo la región del aire, acrecentarán, no sólo el número de tan grave consistorio, sino también la pompa, la dignidad, la magnificencia. Delante de consejo tan solemne, que es decir delante de casi infinitos reyes y emperadores, más luciente cada uno que ese sol que nos alumbra, mal que les pese, y siendo de la naturaleza misma que sus jueces y oidores, comparecerán los condenados, secos, marchitos, desfigurados y monstruosos, sin un vil andrajo con que cubrir su vergonzosa desnudez, aunque se abrasen sus entrañas de despecho. ¡Qué confusión tan grande, cuando aparezcan ante el acatamiento de todas las criaturas y de la majestad de Dios, mayormente al verse arrastrados al solemne tribunal por la canalla de los demonios, los cuales, á guisa de vencedores que hacen alarde de su presa, los traerán atropelladamente, los acocerarán, los azotarán entre pesadas moñas y furiosa gritería! ¿No os parece que andarán vergonzosamente corridos y confusos, *confusi turpiter valde*, y que, á poder matarse, lo harían al momento, por no aguantar tanta confusión y vilipendio?

Pisón, de noble alcurnia romana, entrando en el Senado en calidad de reo, el cabello desgreñado, crecida la barba y pobremente vestido, como vió con sus ojos ya turbados la forma lúgubre del tribunal que iba á condenarle, y luego

cómo entraban los jueces, y se asentaban los fiscales y el inquieto pueblo se agolpaba para contemplar aquel juicio, fué tal el sentimiento de vergüenza que conmovió su pecho, que, no pudiendo reprimirse, paróse de súbito y, sacando arrebatadamente del pecho un puñal que traía escondido, dióse la muerte. Decidme, pues, ¿qué harían aquellos condenados del infierno si tuviesen á las manos un arma tan mortífera que pudiese reducirlos á la nada? ¿Quién detendría su brazo? ¿Quién reprimiría su furor? Pero rabien y despedácense vivos, que habrán de soportar el peso de su ignominia, como dice el profeta Ezequiel, y lo que más les agobiará, la confusión de sus pecados y maldades. *Ut portes ignominiam tuam et confundaris in omnibus quae fecisti*¹.

Aplicación por interrogación ó imprecación

imagen bíblica.

III

Dije que les agobiará mucho más; porque si sólo comparecer ante el divino tribunal ha de causarles tanta vergüenza, ¿qué será cuando comience á publicarse á los cuatro vientos el proceso de los pecadores, y se lean en alta voz las ignominias más ocultas, y se pregonen por todo el mundo las infamias y abominaciones más secretas? No sé cómo haceros sentir y barruntar algo de esta confusión imponderable, si no es valiéndome del siguiente ejemplo. Si yo en este momento tuviese tal luz y virtud sobrenatural que, penetrando vuestro interior, viese lo que realmente sois, y comenzase á decir: ¿Veis á aquel hombre, al parecer tan recogido y atento? Pues sabed que es un ambicioso que está maquinando cómo dará traspasé á su competidor, y cómo se levantará sobre sus ruinas. ¿Veis á aquel tan compuesto y fervoroso? Pues tiene el corazón podrido de vicios y enenagado en torpezas, y ahora mismo hierven en su pecho mil concupiscencias soeces. ¿Veis á aquella mujer tan modesta y recatada? Sabed que es una adúltera que trae comunicación con aquel joven que está ahí contrahaciendo no

Arg. 2.º Vergüenza del pecador al publicarse sus maldades.

Por ficción poética

y publicación de las culpas de los oyentes,

subyunción oratoria

y distribución

oposición ó hipotiposis.

¹ Ez., XVI, 54.

se qué devociones. ¿No veis á aquel otro? Pues es el autor de aquel atropello. ¿Y esotro? Es un usurero y el causador de aquella quiebra. Y aquel que allí se esconde, ¿sabéis quién es? Un vengativo que está trazando en este punto cómo se deshará de su contrario.—Oyentes míos, si hablase en estos términos o os descubriese vuestras conciencias, de suerte que nadie pudiese negar ni contradecir mi revelación, ¿qué de colores no mudarían vuestros rostros? ¡Qué vergüenza! ¡qué horror! Sin duda os levantaríais contra mí tumultuosamente, y queríais taparme la boca, ó espantarme con amenazas, ó atemorizarme con gritos y vocería, y muchos, con mejor acuerdo, se alejarían de aquí para que yo no los avergonzara y confundiera.

Afectos en el auditorio
de horror
de indignación.

Aplicación de menos á más, y

ampliación de contrario

de lo que ahora sucede, y entonces suceda.

Por autoridad

y alegoría bíblica.

Proposición

Mas pregunto, ¿dónde estamos? En una ciudad, encerrados en el espacio de una iglesia. ¿Y tan grande calamidad es verse afrentado delante de tanta gente? Conjeturad ahora qué será verse deshonrado delante del cielo y de la tierra.

Engañad enhorabuena á los ministros de Jesucristo en el tribunal de la penitencia; callad los pecados más feos, y coreadlos á vuestro gusto: ¿pensáis acaso que no se sabrán en el día de las grandes revelaciones? ¡Desventurados de vosotros! Forzados entonces del verdugo de vuestra conciencia, haréis una confesión no secreta, sino pública, y á voz en grito diréis á todo el mundo lo que os horrorizaríais si lo oyerais de mi boca. Allí descubriréis hurtos escondidos, allí traiciones y alevosías, allí abominaciones y torpezas.

¿Dudáis de ello? Oid, pues, la profecía de Oseas que dice: Envuelta está la malicia de Efraim, encubierto su pecado: *Colligata est iniquitas Ephraim, absconditum peccatum ejus* ¹. Ahora envuélvese el pecador y encubre su iniquidad al padre y á la madre, á los amos y señores, y hasta á los mismos que tienen el lugar de Cristo la esconden con gran cautela, como la tierra esconde la semilla, como se encubre la criatura dentro de las entrañas maternas. Pero ¡ay de vosotros!, que esa simiente maldita brotará su fruto de condenación, y esa criatura saldrá finalmente á luz con agudísimos dolores de su perversa madre. *Dolores parturientis ve-*

¹ Os., XIII, 12.

nient ei, añade Oseas, le asaltarán dolores de parto. Que es decir: Malaventurados pecadores, en vano concebisteis de secreto mil pecados y pensamientos; en vano llevasteis de simuladamente en vuestro corazón el germen prohibido; en vano, con semblantes hipócritas, disfrazasteis vuestra maldad; porque ese fruto de ignominia saldrá finalmente á la pública luz del mundo, y abortaréis con trasudores de muerte y afrenta imponderable en la presencia de los hombres y de los ángeles. *Dolores parturientis venient ei*. Y saldrá, contra vuestro querer y violentamente, el condenado fruto, y saldrá maldiciendo al padre que lo engendró y á la madre que lo llevó en sus entrañas, que es vuestro sucio corazón. ¡Qué empacho tan grande! ¡qué sonrojo tan insufrible á la hora de vuestro nefando alumbramiento!

desarrollo por las circunstancias de lugar,
de personas,
de modo.
Luego.

Una joven, no ha muchos años, como hubiese caído en una flaqueza y barruntase las consecuencias de su yerro, sintió tal confusión, que, llamando al causador de su desgracia, le rogó con gran porfía que, por misericordia, le quitase la vida; y él fué tan complaciente que vino en ello, y, dándole un veneno, la envió con más presteza á los infiernos.

Ampliación por ejemplos á modo.
ejemplo histórico.

¡Tanto puede la vergüenza! «¿Queréis otro ejemplo más terrible? Imaginad que la hija de un rey magnífico, pensando su padre desposarla con otro monarca muy poderoso, y asentados los tratos, y concertadas las bodas y á punto de ejecutarse todo, con gran regocijo del reino y parabienes de los grandes y señoras, ella, en el mismo día de las bodas y delante de toda la corte, se viese forzada por sí misma á revelar la afrenta de un oculto crimen, sin poderlo disimular. ¡Qué trastorno! ¡qué vergüenza! ¡qué ignominia tan escandalosa, y cuántas lágrimas inútiles! ¿No huyera de palacio, arrebatada de furor, y corriera á darse la muerte?» ¹.

ejemplo conjetural ó ficticio.

¿Qué será, pues, cuando el hombre pecador se vea forzado á sacar á luz de su pecho criminal, no una, sino mil obras abominables, y confiese sus culpas, no al padre, no á un reino, sino á la faz del universo mundo? ¡Oh qué sollozos! ¡qué bramidos de dolor y desesperación al verse co-

afectos de vergüenza.
Aplicación de menos á más
por exclamaciones vehementes

¹ V. Observaciones críticas.

gidos y descubiertos á los ojos de todas las criaturas! Profetizado está por Jeremías que los aullidos de los pecadores henchirán la redondez de la tierra cuando sepan las gentes la ignominia de ellos: *Audient gentes ignominiam ejus, et ululatus replebit terram* ¹. Llamará á sus cómplices, llamará á los amigos, y nadie se dará por entendido, porque, como dice Isaías, cada uno se pasmará á la vista de su prójimo: *Unusquisque ad proximum suum stupebit* ².

¡Feliz al menos si la tierra se le abriese á sus plantas y se lo tragase vivo! ¡dichoso si los peñascos se desgajasen y los montes le aplastasen la cabeza! Pero, á su pesar, comparecerá delante de todos los vivientes, no á recibir aplausos, no á ceñirse de coronas y hartar su vanidad, sino á verse aborrecido, execrado, escupido del cielo y de la tierra, sin que los rugidos de su despedazado corazón sean parte á conmover los montes para que, desplomándose, sepulsen su vergüenza y corten de una vez su miserable vida. ¿No os parece, católicos, ajustada la valiente expresión de Job, que se vestirán de confusión: *Confusione induentur* ³, y la del profeta Ezequiel, que llevarán sobre sus hombros la propia confusión: *Confusionem portabunt* ⁴, y la más expresiva del Profeta Rey, que se cubrirán de pies á cabeza de confusión é ignominia, como de doble manto: *Operiantur sicut diploide confusione sua* ⁵.

¡Ciegos é infatuados de nosotros! ¿De qué sirve que inventemos ahora tantas mañas para encubrir nuestra maldad? ¿Qué vale tapar con capa de celo la envidia que nos roe las entrañas? ¿Qué aprovecha que disfracemos nuestro propio interés con máscara de justicia? ¿Qué importa que envolvamos nuestras torpezas y liviandades en las tinieblas de la noche? ¿Qué sobredorar el odio concentrado con la sonrisa de la boca? ¿Qué vale el exterior modesto, si el corazón anda sucio y hediondo? ¡Ciegos, torno á decir, y desventurados de nosotros, pues así será mayor nuestra vergüenza y confusión cuando todo aparezca en aquel tremendo día!

¹ Jer., XLVI, 12.—² Is., XIII, 8.

³ Job, VIII, 22.—⁴ Ez., XXXIX, 26.—⁵ Ps., CVIII, 29.

IV

Ni hay por qué sospechar que exagero con intención este sentimiento de vergüenza, pues siendo tantos los culpados, me decís, disminuirá la confusión á medida que aquellos aumentaren. Groserísimo error por cierto, hermanos míos.

¿Sabéis por qué se corren tan poco los malos de sus excesos y demasías cuando se ven con muchos compañeros? Porque miden su empacho por la estima que los hombres hacen del pecado, y la mayor parte tienen á este monstruo no por deshonra y abominación, sino por un donaire, por un acto de valentía y de gentileza. Mas en el día del Señor no será así. En el día del Señor aprehenderán la culpa como es en sí, y á los ojos de su divina Majestad, según ponderó sabiamente Santo Tomás de Aquino por estas palabras. Entonces la vergüenza de los pecadores se conformará á la estimación que Dios tiene del pecado, la cual se ajusta siempre á la verdad ¹. ¿Qué vergüenza, pues, y corrimiento tan entrañable cuando á una luz tan espantosamente clara se vean, sin poder cerrar los ojos, padres y autores de tamaños monstruos?

Cuéntase que, en el pontificado de Martín IV, una matrona romana de sangre muy ilustre dió á luz en la ciudad de Roma una criatura, que más parecía bestia fiera que hombre racional, según apareció velludo como un oso de las selvas, y ensortijado el pelo, y las uñas corvas y de un mirar verdaderamente feroz. Las que os preciáis de la hermosura y lindeza de vuestros hijos y jamás veis en ellos ninguna fealdad, vosotras haréis cabal concepto de la vergüenza de esta madre desdichada. ¿Qué será, Dios mío, cuando los réprobos se vean autores del pecado, aborto mil veces más feo y abominable? Éste es el monstruo más horrendo y disforme que han engendrado los infiernos. Éste es el monstruo más fiero que las hienas, más bravo que el

Arg. 3.^o
Vergüenza de pecador al reconocerse autor del pecado, el mayor en o su mismo del mundo.

Transición por vía de prolepsis.

El ser muchos no disminuirá la vergüenza.

porque vería cómo el pecador es en sí.

Lusgo.

Conclusión ampliada, por ejemplo a minor.

Aplicación, pero el pecado es el monstruo más horrendo.

¹ Tunc confusio respiciet aestimationem Dei, quae secundum veritatem est, de peccato. (3 p., q. 88, alii 89, suppl. art. 2 ad 4.)

león, más ponzoñoso que todas las víboras, más feroz y sanguinario que las panteras del desierto. Éste es el monstruo que trocó la hermosura de los ángeles en negríssimos tizones. Éste quien trajo sobre el linaje de los hombres todas las calamidades que lloramos. Éste, en conclusión, el espantable monstruo cuya figura, como tomase Jesucristo Señor nuestro, causó desvío y horror en su Eterno Padre, é hizo que el encanto del cielo, el espejo de los ángeles y gloria del paraíso pareciese como leproso y desechado y... rehusa el corazón pensarlo y la lengua se me entorpece al proferirlo, y... maldito de Dios, y objeto de abominación ante la soberana Majestad: *Factus pro nobis maledictum*¹. Decid, ahora, ¿qué sentirán los condenados al dar á luz tan infame monstruo, sin estar en su mano ó esconder el malaventurado engendro, ni lanzarlo de sí, ni matarlo, ni hallar traza cómo atribuir á otro generación tan afrentosa?

V

Y con ser así, como lo es, creedme que es sombra respecto de la vergüenza intolerable que sentirán cuando oigan al Unigénito del Padre, al Hijo de María, que con semblante de majestad y poderío les reprende su ingratitud enorme, el desacato de su persona y el menosprecio de su sangre. Hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo, ahora no entendemos qué quiere decir que un Dios haya muerto por nosotros. Mas cuando, llegados á la presencia divina, lo comprendamos bien y veamos por otra parte cuán villanos, cuán descorteses y desalmados hemos sido con tan amoroso dueño y piadosísimo Redentor, que ni socorrer á un pobre quisimos, ni pagar diezmos á su Iglesia, ni dar la reverencia debida á sus ministros, ¡qué ruborizados y confundidos nos veremos!

Don Álvaro de Bazán, gran almirante de las naos españolas y famosísimo por las arriesgadas navegaciones que emprendió y victorias que alcanzó, tuvo orden del rey Fe-

por comparaciones rápidas,
por sus efectos en los ángeles,
en los hombres,
en el Hijo de Dios,
porque tomó la figura de pecador
incremento)
(reticencia).
Luego.

Arg. 4.º
Vergüenza del pecador al oír la reprensión de J.C.
Transición.
Proposición
(antítesis)
demostrada por comparación á minor.
Narración sencilla.

¹ Gal., III, 13.

lipe II que aprestase la armada que se llamó *Invincible*, y que sólo Dios y las tempestades deshicieron en las aguas de Holanda y de Inglaterra; y como fuesen tantas las embarcaciones, las fustas y bajeles que había que aparejar para tan grande empresa, muchas las vituallas, muchas las municiones y pertrechos militares, innumerable la gente y los soldados, lo cierto es que no se acudió á todo con la presteza que el Rey y el asunto requerían. Medio enojóse el prudentísimo Monarca al ver que se malograban los instantes, y, mandando llamar al almirante, díjole el rey con semblante grave y voz algo severa: Mal respondiste, Álvaro, al afecto que siempre te mostré¹. Y atajó la plática. ¿Pensáis si estas palabras penetraron hondamente el corazón del almirante? Salió de la real presencia todo abochornado y encendido el rostro de vergüenza. Volvió á su casa, echóse en cama, y de ahí á pocos días acabó, de confusión y pesadumbre.

Católicos y hermanos míos, nadie será tan desatinado que no dé al semblante y voz del soberano Juez Cristo Jesús alguna más fuerza y señorío que á la majestad de un hombre terrenal. Imaginad, pues, vuestra honda confusión cuando, llamados á su real y encumbrado acatamiento, desahogando contra vosotros la ira de su pecho: *Loquetur ad eos in ira sua*², y os dé en rostro, no con alguna tardanza ó negligencia en las cosas de su servicio, sino con irreverencias y desacatos intolerables.—Yo, dirá el Señor, con haber muerto de amores por ti en esa cruz que allí ves, creía poder esperar algún obsequio en recompensa. Mas dime, ¡oh ingrato! ¿qué hiciste en retorno de amor tan excesivo? Ó más bien, ¿qué no hiciste en deservicio y ofensa mía? Tú vilipendiaste y escupiste mi sagrado nombre; tú mofaste de mis siervos y ministros; tú profanaste mis días y mis templos; tú hiciste burla de mi palabra; tú pisaste mi cruz y hollaste con diabólico frenesí mi sangre redentora. ¿Y por ventura te pedía mucho en descuento de mi sangre derramada por tu amor? Sólo que no me tuvieses por tan malo ni volviesses el rostro con tal desaire; ham-

Exposición. Don Álvaro de Bazán y la *Invincible*.

Nudo.
Majestad de Felipe II.

efectos de una ligera reprensión. Descalace.

Aplicación por las circunstancias de la persona.

de los cargos que hará.

Amarga prosopeya.

¿Qué hice yo?

¿Qué has hecho tú?

¿Qué tanto te pedía?

¹ Fam. Estrada de bello Belg. Dec. 2, l. 9.—² Ps., II, 5.

briente, te pedí un mendrugo de pan; desnudo, un vil andrajo con que cubrir mis carnes. Pero tú has preferido malgastar tu hacienda y las riquezas que te di en representaciones licenciosas, en regocijos y pasatiempos de mundo, en viandas y viajes de recreo, en lujos y profanidades, que no dárme las á Mi. ¿Y esto recabé de ti con morir en una cruz ignominiosa por tu rescate y libertad, que no haya habido criatura á quien menos quisieses, ni hombre á quien más ofendieses y ultrajasas?—Así dirá; y á querella tan amarga del Criador á su criatura, del Redentor á su redimido, ¿quién osará levantar los ojos de la tierra? ¿Quién estará firme ante la faz de su indignación? *Ante faciem indignationis ejus quis stabit?*¹

Pueblo redimido con la sangre del Hijo de Dios, bien sé yo que tienes ahora frente de ramera; te diré, con Jeremías: tienes frente de ramera y no sabes ó no quieres ruborizarte. *Frons mulieris meretricis facta est tibi, noluitis erubescere?*² Tienes callos en la frente, y te figuras que tampoco allí mudarás colores al oír la áspera reprensión del justo Juez; pero te engañas, pueblo mío, yerras en tu ceguedad, porque entonces estallarás tu pecho de vergüenza y se abrasará tu cara con llamas más insufribles que las mismas del infierno, y te parecerán mil años los instantes que dure el fatal enjuiciamiento, hasta que pronuncie Cristo la sentencia y te deje despeñar en el abismo. Y, por que no lo tomes á encarecimiento mío, oye las palabras de San Jerónimo: Mereces los fuera á los miserables condenados padecer las penas del infierno, que no aguantar las miradas y enojo del Señor: *Melius enim esset damnatis inferni poenas, quam praesentiam Domini ferre*. Pero no huyáis todavía á vuestras mazmorras sempiternas, porque antes quiere el Juez que se os junten, para mayor vilipendio, muchos gentiles que, sin lumbre de religión ni socorro de santos sacramentos, no llegaron á cometer pecados como los vuestros.

¹ Nahum, 1, 6. — ² Jer., III, 3.

VI

Ya parece en tu compañía aquel mancebo ilustre, por nombre Espurina, quien, dotado de singular hermosura, como echase de ver que era ocasión con ella de tropiezo, con pecho y resolución varonil aféose la cara con largas cicatrices, queriendo más ser menos amado que menos casto. ¿Qué responderás tú á este ejemplo que trae San Ambrosio, tú que, profesando como profesas la ley de Jesucristo, no reparas en si escandalizas á tu prójimo con la galanura y corte del vestido, con los cabellos vanamente compuestos, con el atavío de toda tu persona? Comparará Anáxoras y dirá cómo no teniendo sino un terruño heredado de sus padres, hasta de él se deshizo y desposeyó para darse más libremente al estudio de las humanas ciencias; pues ¿qué responderás tú, que te desvives por atesorar riquezas que la polilla consume, y no atiendes al negocio de tu salvación? Dirá un Torcuato que, no teniendo sobre la tierra más amor que su hijo único, é hijo cónsul, no dudó en condenarlo á muerte por haber, aunque ligeramente, quebrantado la militar ordenanza; pues ¿qué responderás tú, que cifras el cariño de tus hijos en no lastimarlos nunca, y así los dejas con sus malos siniestros? ¿Qué diré del célebre Poción? Él te recordará cómo siendo acusado y condenado á muerte por la envidia de sus émulos, y á pesar de sus obras excelentes, antes que bebiese la cicuta, preguntado por sus amigos que le cercaban si quería dejar á su hijo ausente alguna encomienda ó recuerdo paternal: Sí, dijo; encárgadle en nombre mío que olvide por siempre la injuria de su padre; que nunca le venga en pensamiento tomar de ella venganza, sino que pague á mis enemigos bien por mal. ¿Qué responderás tú, que desearías despedazar vivo á tu contrario, Y, no satisfecha tu rabia con aborrecerle en tu corazón, quisieras el corazón y las manos de todos tus parientes, de todos tus amigos y allegados para vengarte á tu sabor, y desearías vincular en tu familia este tu aborrecimiento, y pasarlo con la sangre á toda tu posteridad?

Arg. 3.º
Vergüenza del pecador al verso comparado y puesto á muchos gentiles.

Por inducción en materia de parentesco;

aplicación)

de desinterés;

aplicación)

de severa educación y crianza de los hijos;

de perdón de las injurias;

por dialogismo

y apóstrofe de injerimento.

Confirmase por
inducción sencilla
de

otras virtudes.

Conclusión y am-
plificación de esta
vergüenza;

por contraste

é interrogación
vehemente;

por el testimonio
de J. C.

por exposición pa-
tética;

Dime, cristiano, ¿qué tan grande será tu baldón cuando veas que nacido tú en el seno de la Iglesia católica, á la luz de tantas Escrituras, de tantas enseñanzas de sapientísimos doctores, de tantos ejemplos de heroica santidad, sin embargo de esto eres peor que los bárbaros é infieles, ya que, sacada del medio la fe de tu bautismo, la cual, desnuda de obras, más servirá de deshonra que de alabanza, no podrás comparecer en aquella plaza y teatro del mundo ni justo como Aristides, ni recto como Zeluco, ni casto como Palemón, ni sufrido y magnánimo como Sócrates, ni veraz como Pericles, ni manso con la mansedumbre de Antígono, ni desinteresado al par de Epaminondas; criados todos en las sombras de muerte y tinieblas del paganismo; sin gozar los miserables, como gozas tú, del conocimiento de la vida eterna; sin tener, como tienes tú, ni evangelios ni tradiciones, ni dogmas ni profecías, ni milagros ni sacramentos; sin haber visto morir á Dios por amor del hombre en una cruz entre dolores infinitos, como lo viste tú en la era bendita de la humana redención? ¿Qué dices, desdichado? ¿qué respondes? ¿Cómo satisfarás á estos cargos? ¿Concibes en alguna manera la vehemencia de esta confusión acrecentándose á tanta confusión? A no ser tan grande esta vergüenza de verse confundido por los gentiles, no la encarecería tanto el Salvador, ni dijera para poner espanto: En el día del juicio se levantarán los Ninitas contra esta generación y la condenarán. La reina del austro se levantará asimismo contra esta generación y también la condenará. *Viri Niniuiae surgent in iudicio cum generatione ista et condemnabunt eam. Regina austri surget in iudicio cum generatione ista et condemnabit eam*¹. Sobre el cual pasaje exclama como asombrado San Crisóstomo². Pondérese, dice, atentamente la grandeza de este baldón. ¿Cómo? ¿es posible? ¡Que un gentil venga á confundir á un cristiano! ¡Que un cristiano sea acusado por un morol! ¡Que un cristiano sea condenado por un bárbaro é infiel! ¡Oh mengua! ¡oh villanía! ¡oh vergüenza intolerable! ¿Quién es capaz de rastrearla siquiera?

¹ Matth., XII, 41-42. — ² Veniat ergo in mentem quanta erit illa derisio.

Boleslao, primer rey de Polonia, como supiese que un privado ó palatino se había habido en la batalla con notable cobardía y poquedad de ánimo, no hizo más que enviarse en su nombre una hermosa ruca de oro con que hilase. Recibió el buen hidalgo aquel presente, y con él inmensa confusión y congoja; tanto que, no acabando consigo de sufrir aquella afrenta de que se le comparase á una mujer, atóse desesperadamente un cordel á la garganta y se colgó. ¿Qué será, pues, verse un cristiano comparado á un gentil y salir vencido en la contienda, que es vencer el flaco al poderoso; el desarmado y desnudo al provisto de todas armas; el siervo vil al príncipe y heredero del trono? ¿No imagináis esta ignominia como la mayor de todas? Persuádome, hermanos míos, que, cubriéndose los rostros de vergüenza y recatándose de las miradas del mundo universo, sollozarán de nuevo, se lamentarán, rugirán de despecho, y, ¡oh malaventurados de nosotros!, gritarán con las palabras del Real Profeta, ¡oh miserables!, ¡oh sin amparo en el cielo ni en la tierra! La confusión de nuestra faz nos sobrecojió ante la voz del que nos acusa y nos reprende, ante la cara de nuestro enemigo y perseguidor: *Confusio faciei meae cooperuit me, a voce exprobrantis et obloquentis, a facie inimici et persequentis*¹.

VII

Sólo una cosa es de advertir por que nadie se llame á engaño, á saber: que los sobredichos gentiles no ejercerán sobre los réprobos ningún acto de verdadera potestad; que no dijo el Salvador se asentarán y juzgarán, *sedebunt et condemnabunt*, lo cual es propio del juez, sino se alzarán y condenarán, *surgent et condemnabunt*, que más bien es oficio de acusadores ó fiscales. Esa verdadera potestad solamente la ejercerán con Jesucristo los santos y bienaventurados de Dios. ¿Quién lo ignora? ¿Quién desconoce la profecía del Apóstol: *Sancti de hoc mundo iudicabunt*, los santos han de

por ejemplo raro;
(exposición)

(mudo)

(desenlace)

por antitesis;

por los consi-
guientes,

por syncopepa bi-
blica.

Arg. 6.^o
Vergüenza de
los pecadores en
la sentencia fis-
cal.

z) Vergüenza por
verse juzgados de
los que aquí más
despreciaron;

por autoridad del
Apóstol

¹ Ps., XLIII, 16-17.

juzgar á este mundo? ¹. Pero notad una cosa que hace grandemente á nuestro propósito, y que, si profundamente se pondera, prueba aún más la espantosa confusión de que tratamos. ¿Sobre cuáles réprobos ejercerán los santos semejante autoridad? ¿Por ventura sobre todos? Si, universalmente sobre todos. Mas no puede negarse que cada santo la ejercerá con más especialidad sobre aquellos de quienes en vida recibiera especiales injurias. Éstos serán llevados á su juicio y tribunal, conforme al dicho de la Sabiduría. Estarán los justos con gran constancia contra los que los atribularon y persiguieron: *Stabunt iusti in magna constantia adversus eos qui se angustiaverunt* ². Contra éstos entablarán proceso especial, á éstos examinarán, á éstos condenarán con sentencia más particular y severísima.

y de la Sabiduría;

por inducción solemnemente y muy sentida;

los verdugos ante las víctimas;

confirmase por ejemplo á mirari.

1.ª parte.—Augusto y Cleopatra.

2.ª parte.—Los emperadores y los mártires.

Conclusión de rubor.

¹ 1 Cor., vi, 2.—² Sap., i.

nes escarnecieron antes como de sandios y locos! ¿Qué afrenta tan atroz! ¡que humillación tan no pensada!

Veis aquí verificado á la letra lo que Isaías profetizó, ³ Vergüenza al que los detractores del justo besarán de rodillas las huellas de sus pies: *Adorabunt vestigia pedum tuorum, qui detrahebant tibi* ¹. Veis aquí á los gobernadores y consejeros, veis aquí á los reyes y justicias de la tierra implorar en vano el valimiento de las viudas y pupilos, de los clérigos y pobres religiosos, cuyas quejas nunca se dignaron escuchar, cuyo derecho nunca quisieron mantener. Veis aquí á los ricos epulones alzar sus manos suplicantes á los Lázaros, á quien negaron los mendrugos de pan que arrojaban á los perros. Veis aquí á los Acab, invocando el patrocinio de Nabot, cuya hacienda robaron desvergonzadamente. Veis aquí á los soberbios Holofernes hincar las rodillas temblorosas en presencia de Aquior, cuyas palabras desoyeron con escarnio. ¿Qué mayor confusión ni más profundo abatimiento puede darse? ¿No basta acaso ver tan gloriosos y triunfantes á los que en la tierra tuvieron por basura? No, no basta ni á la gloria de Dios ni á la confusión de los réprobos. Es menester que se postren ante ellos y que ellos les tomen residencia; es menester que sean por ellos procesados, por ellos examinados, por ellos avergonzados y reprendidos, y, lo que sobrepuja todo horror y vituperio, por ellos, finalmente, condenados á perdurable muerte.

implorar en vano á los santos;

por inducción más rápida;

en sínodos; que;

en repeticiones;

en incremento.

Transición.

Porque, llegado el momento en que, esclarecidos plenamente los hechos y los delincentes convencidos, vaya el supremo Juez á intimarles la sentencia, ¿quién es capaz de declarar el júbilo y fervoroso celo de justicia con que los santos todos le acompañarán? Lejos, lejos de aquí, malaventurados, gritarán á una con Jesucristo Señor nuestro, y con los ángeles. Apartaos, apartaos, malditos, al fuego eterno: *Discedite, maledicti in ignem aeternum*. Despeñaos en el profundo, precipitaos en el abismo que abre su boca para tragaros. Idos, malditos, idos al fuego eterno. ¿Qué hacéis? ¿cómo podéis sufrir esta lumbre gloriosa que reverbera en vuestros ojos ensangrentados? Huid enhoramala,

que, esclarecidos plenamente los hechos y los delincentes convencidos de los santos;

por prosopeya imprecatoria;

¹ Is., lx, 14.

idos para siempre á las hogueras inextinguibles, á las fraguas eternas, á los estanques de fuego y azufre; allí sumíos, anegaos allí, porque todo feneció para vosotros, menos vuestra desdicha. Aquella será vuestra mansión para mientras Dios fuere Dios, porque ese cielo que miráis so bre vuestras cabezas no es ya para vosotros: *Discedit, maledicti, in ignem aeternum*.—Así dirán, ni cesarán en su ardiente porfía de acosar á la ruin canalla con vituperios y escarnios, con befas y gritería que resonará en el cielo y en la tierra, hasta que, abriendo el infierno sus cien gargantas, haya tragado y engullido del todo las legiones condenadas, que llevarán con marca eterna clavada en la frente la vergüenza inenarrable de tan afrentosa despedida.

catástrofe.

Confírmase por
congruencias de
ejemplos bibli-
cos;

Adán y Eva;

Agar é Ismael;

María;

aplicación por
contraste

y autoridad.

Ésta es la confusión de que se habla en aquel pasaje del Profeta Rey: *Erubescant impii, et deducantur in infernum*¹. Avergüencense los impíos, y sean precipitados al infierno. Y en verdad, si tanta fué la confusión de Adán y Eva cuando fueron lanzados del paraíso terrenal y condenados á trabajar la tierra; si tan grande la vergüenza de Agar é Ismael al ser arrojados de la casa de Abraham, y forzados á peregrinar por el desierto; si tan corrida y avergonzada se quedó María, hermana de Moisés, al verse echada de los reales por leprosa, y eso que de allí á los siete días había de volver limpia y sana, ¿qué sentirán los miserables que, apartados afrentosamente de la compañía de los ángeles, de la junta de los bienaventurados, y de los palacios de la celestial Jerusalén, se verán lanzados á lo más hondo del infernal abismo, á vivir con los diablos sus atormentadores, no días, no años, sino por toda la eternidad, para mientras Dios fuere Dios? Así lo testifica con palabras aterradoras el profeta Jeremías: Os entregaré, dice, al oprobrio sempiterno y á la eterna ignominia, la cual nunca jamás se borrará: *Dabo vos in opprobrium sempiternum, et ignominiam aeternam, quae nunquam oblivione delebitur*².

¹ Ps., xxx, 18.—² Jer., xxiii, 40.

VIII

Conque, decidme, hermanos míos, ¿hay quien no tiem-
ble de sólo pensar que puede un día verse sumido en ese
mar de vergüenza y confusión? ¡Válgame Dios y qué vi-
driosos y delicados os veo en punto de honra, pues una pa-
labrilla os desconcierta, una indirecta os enciende la san-
gre, y, á trueque de mantener en pie vuestra reputación li-
geramente mancillada, no dudáis en arrojaros á las espada-
das, á la sangre, á la destrucción y á la misma muerte! ¿Y
será posible que, siendo como sois tan caballeros y punto-
norosos, corráis á ojos cerrados á la ignominia del juicio
de Dios, ignominia perpetua, ignominia imponderable, ig-
nominia que traerá consigo rabia infinita y despedazamien-
to de corazón por todos los siglos? *Ignominiam aeternam,
quae nunquam oblivione delebitur*.

Porque es así, que estas deshonras de acá luego se pa-
san, pero aquella siempre durará. ¿Habéis oído? Aquella
siempre durará; ya que siempre y continuamente tendrán
los condenados ante los ojos aquella horrible confusión
que padecieron en el día grande del Señor y á la vista de
todas las generaciones; y esta memoria así los punzará y
roerá la conciencia, que sólo ella, en sentir de San Basilio,
será bastante por sí sola á desesperarlos y embravecierlos
aún más que el mismo fuego del infierno. *Longe horrendior
quam ignis erit ille pudor, quem perpetuo retinebunt*¹. Pues si
una afrenta de nada así os turba y lastima el alma, ¡qué
desatino, qué locura tan grande no es exponerse á aquella
horrenda y perdurable confusión!

Arg. 7.^o
Y esa vergüenza
será eterna;

transición por
aplicación á los
oyentes,

Y argumentación
a majori.

ignominia eterna
por autoridad di-
vina;

más sensible que
los mismos tor-
mentos;

por testimonio
humano.

Conclusión final.

¹ Or. 23 de fut. jud.

SEGUNDA PARTE

IX

De la existencia
y verdad del ju-
icio.

Transición por
dimitación paté-
tica.

y afectos de admi-
ración y pasmo;

por apóstrofe é in-
terrogación.

a) Vosotros no
creéis.

Arg. 1.^o
Si creyerais, tra-
bajaríais por al-
canzar una sen-
tencia favorable.

Mas no trabajáis

Luego.

Confirmación por
autoridad de Sal-
viano.

«Verdaderamente, hermanos míos, considerando por una parte la terribilidad del juicio último, el rigor de la cuenta y la extrema humillación del miserable condenado; y por otra la vida tan ruin y desconcertada de muchos cristianos, y en el mundo tantas mentiras y calumnias, tantas envidias y perjurios, tantas lisonjas y vanidad, y, sobre todo, tanto olvido de Dios y menosprecio de la propia salvación, me asalta un pensamiento que me traspasa el alma y me fuerza á prorrumir en estas voces:—Hombres, hombres, ¿dónde está vuestra fe? ¿dónde vuestra creencia y religión? ¿Sois ó no cristianos? ¿Abrazáis ó no cuanto tiene y abraza la Iglesia de Jesucristo? ¿O por ventura, permitiéndolo el Señor por la muchedumbre y enormidad de vuestros pecados, habéis perdido la lumbrera de la fe, y niega vuestro corazón lo que profesan los labios? Si creéis que hay juicio, y severísimo juicio, ¿cómo amontonáis pecados á pecados? Si creéis que os esperan en el tribunal de Dios y en la presencia del cielo, cómo os hacéis pedazos por los intereses de la tierra? ¿Qué más haríais, ¡oh ciegos y desventurados hombres!, si, como los gentiles, no creyerais, ó, como los incrédulos, tuvierais la verdad del juicio por patraña y fingimiento?—Y combatido de estas olas, y anegado en este mar de incertidumbres, dudo si es burla vuestra fe y escarnio vuestra religión»¹.

Mas, al recordar unas palabras del gran obispo Salviano, lumbrera y ornamento de las Galias, ya no titubeo en afirmar que los tales cristianos, en realidad de verdad, no creen en el juicio universal. Oid, y, la mano en el pecho, responderéis después á mi pregunta. *Nemo est, qui se iudicandum a Deo certus sit, qui non praeset, ut pro bonis operibus perennia bona capiat, vel ne pro malis mala aeterna patia-*

¹ V. Observaciones críticas

tur»¹. Nadie hay que tenga por cierta la verdad del juicio, que no haga buenas y santas obras por las cuales reciba eterno galardón, ó no evite las malas, merecedoras de suplicios eternos. Ya no temo aventurarme, pues, ni lastimar á ninguno de mis amadísimos oyentes si pregunto: ¿dónde está vuestra fe? ¿dónde la firmeza de vuestras convicciones cristianas? Si creéis que hay juicio, ¿qué hacéis para tener en aquel día sentencia favorable? O, por lo menos, ¿qué hacéis para evitar la de eterna condenación, con el horrible acompañamiento de los baldones y afrentas que dijimos?

Veo que, si por desgracia tenéis que ser juzgados por los tribunales de la tierra en pleito de alguna monta, no dormís, no sosegáis, no dais paz ni á la mano ni á la pluma, á fin de encaminar felizmente la sentencia. Llamáis abogados, solicitáis procuradores, buscáis amigos, interponéis medianeros poderosos, consultáis letrados, revoléis legajos y pergaminos, y andáis con notable azoramiento de casa en casa, de oficina en oficina, para afanzar más y más, si no la victoria, la esperanza de obtenerla. Decídmelo: y para recabar sentencia en favor del tribunal divino, donde se ventilará y decidirá solemne é irrevocablemente el negocio grande de vuestra eternidad, ¿hacéis por ventura otro tanto? Respondedme, cristianos, y salga á la luz el embaiamiento y perversidad del corazón humano.

¡Dios mío! ¡Dios mío! Vergüenza da decirlo. Si se os pide que comulgáis una vez al mes, luego decís que es demasiado comulgar; si se os impone una penitencia saludable, decís que es muy rigurosa; si se os persuade una devoción ó práctica constante, luego alegáis que es fastidiosa y molesta. Al menos, dejad aquel trato ó amistad. — No puedo. — Apartaos de aquel juego. — No quiero. — ¡Si pudierais, antes de acostaros, hacer, por espacio de un cuarto de hora, examen de vuestra conciencia y ajustar cuentas con Dios! — Me duele la cabeza. — Y á la mañana ¿no podríais oír misa y encomendar al Señor vuestros pasos y negocios? — Fáltame tiempo. — Una limosna, por el amor de Dios, á esos po-

Conclusión por
interrogación

y afectos de ma-
ravilla.

Amplificación al
contrario en los
pleitos de la tie-
rra.

hipotiposis.

Viva aplicacion

por distribucion

y dialogismo.

¿Qué hacéis pa-
ra aplacar á Dios?

¹ L. 3 de Eccl.

brecitos que arrastran su miseria por las calles, ó se consumen en su casa de hambre ó de vergüenza; haceos amigos que aboguen por vosotros en el tremendo juicio: *Facite vobis amicos de mammona iniquitatis*¹. Pedid otra cosa, si os place; ésta, por ninguna manera: endeudado hasta la cabeza, cargado de familia, sobrecargado de pleitos y agobiado de tributos...—¿Y creéis que Dios os ha de juzgar, y no hacéis ni sombra de lo que haríais á tener que ser juzgados por el gusanillo del hombre? Verdaderamente, no creéis; os diré haciendo más las palabras de Salviano, no creéis,

Conclusión.

y, sin embargo de que afirmáis con la boca vuestras católicas creencias, verdaderamente no creéis. *Non creditis, non creditis, et licet credulitatem vestram velitis adseverare, non creditis*.

Luego no creéis.

Instancia y es-
logó.

¿Es acaso menos riguroso el tribunal divino que el humano? ¿Por ventura son los cargos menos graves? ¿Son los acusadores menos poderosos, ó las cuentas menos enmarañadas, ó el juez menos sabio y perspicaz, ó la justicia más sobornada, ó más fácil la apelación? Es que no creéis; y aunque afirmáis con la boca vuestra creencia, verdaderamente no creéis. *Non creditis, non creditis, et licet credulitatem vestram velitis adseverare, non creditis*.

Luego no creéis.

Mas ¿á qué dudar de ello? Dudara con razón, si os vierais que procuráis, por lo menos, no irritar abiertamente al Juez Supremo, delante de cuyo augusto tribunal habéis, no tarde, de comparecer. ¡Pluguiera á Dios que fuese todo lenguas para encarecer, todo lágrimas para llorar, todo fuego para detestar tan maldito atrevimiento! ¿Es posible que creáis lo que creéis, conviene á saber, que debéis presentaros sin remedio en el tribunal de nuestro Señor Jesucristo, y que con todo eso no haya en el mundo cosa más despreciada, más abatida, más hollada que la persona de nuestro Señor Jesucristo? No me dirijo á los verdaderos siervos de Dios y que guardan sus santos mandamientos. A vosotros hablo, jóvenes disolutos; á vosotras, mujeres vanas; á vosotros, pecadores sin freno ni vergüenza: respondedme, os ruego, ¿cómo aseguraréis que si creéis en el futuro Juez?

Arg. 2.^o
Si creyerais no
irritarais al Juez
supremo.

Transición de do-
lor

(precaución y
apótrofe)

por autoridad hu-
mana,

Quomodo credere vos futurum iudicem creditis, apud quos nul-

¹ Luc., XVI, 9.

*lus est minor, atque despectior, quam ipse Iudex*¹. ¿Creéis que Jesucristo os ha de juzgar? Si creemos. ¿Cómo, pues, maldecís á Cristo en el juego, blasfemáis de Cristo en cualquier enojo, juráis y perjuráis en nombre de Cristo por cualquier bagatela? ¿Cómo disgustáis á Cristo por no disgustar al amigo? ¿Cómo abandonáis á Cristo antes que la hacienda en pasatiempos y convites, en farsas y comedias, en perros y caballos, en liviandades y torpezas, que no darla á Jesucristo en sus templos ó en sus pobres? ¿Cometéis por ventura tantas y tales descortesías con hombre mortal que os haya de juzgar? ¿Sois tan atrevidos y deslenguados con él en las conversaciones? ¿Lo menospreciáis con tanta arrogancia y siempre que se os antoja? ¿Os atrevéis nunca á injuriarle en su misma presencia, con la libertad con que injuriáis á Cristo en sus iglesias? ¿Qué mayor villanía puede imaginarse? En su misma iglesia, en presencia del que os ha de juzgar, vivo y verdadero en el santísimo sacramento de la Eucaristía, no tenéis reparo en reír, en hablar á uno y á otro, y por ventura en mirar ó forjaros ídolos de carne y tributarles adoraciones que se deben á solo Dios. Mentirosa es vuestra fe, vacía vuestra creencia, y, aunque afirmáis con la boca vuestra credulidad y convicción de cristianos, verdaderamente no creéis. *Non creditis, non creditis: et licet credulitatem vestram velitis adseverare, non creditis*.

por enumeración
enfática

de gravísimos
desacatos contra
J. C.

por lo contrario
respecto de los
jueces del mundo;

aplicación é incre-
mento.

Consecuencia fi-
nal. Luego no
creéis.

X

Y ¿por qué no lo creéis? ¿En qué estriba, hermanos míos muy amados, vuestra necia presunción? ¿No sabéis que todos, indistintamente todos, hemos de ser llevados y examinados en el juicio de Dios? Conviene, dice el Apóstol, y decretado está, que todos nosotros seamos manifestados en el tribunal de Cristo: *Omnis nos manifestari oportet ante tribunal Christi*². ¿Qué esperaréis, pues? ¿Algún privilegio

§) Hay que creer
en la verdad del
Juicio;

por autoridad di-
vina;

¹ Salv. *ibid.* — ² 2 Cor., V, 10.

por grave comunión ó anticipación tácita.

Acaso podré evadirme.

Resp. por semejanza histórica;

por testimonio bíblico

elegantemente interpretado,

por razón teológica.

Dios está en todas partes

por sentencia.

Deprecación y peroración:

de exención? ¿ó que escaparéis con astucia? ¿ó que, puestos en el tremendo tribunal, podréis huir del juicio que os amenaza? Muy ciegos os trae el enemigo, si tal pasó jamás por vuestro pensamiento.

Refiere San Clemente Alejandrino ¹ que un rey de Escitia, por nombre Itausurá, envió á Darío, su enemigo capital, un presente muy extraño, á saber: un topo, un pájaro y un pez, y con ellos una saeta emponzoñada; para significarle, como nota el mismo Santo, que si no se soterraba como el topo, ó se sumía en el agua como el pez, ó se remontaba por el aire como el ave, él iría y le alcanzaría con su brazo certero y con sus saetas. Bárbaro ultraje por cierto y jactancia singular. Pero ¿serían éstas trazas suficientes para escaparse de la ira del Señor? No, responde el profeta David, de nada servirían. Si subiere al cielo y volare hasta la región más alta, ved ahí las saetas de la ira divina. *Si ascendero in coelum, tu illic es.* Si bajare hasta el infierno y me escondiere en el corazón de la tierra, ved ahí las saetas de Dios. *Si descendero in infernum, ades.* Si pasare el mar y habitare en las extremidades del mundo, allí me alcanzará la diestra de Dios y me herirán sus saetas. *Si habitavero in extremis maris, illic tenebit me dextera tua* ².

En vano, por consiguiente, en vano espera nadie esconderse de la ira del Todopoderoso. Adondequiera que encaminare los pasos, ha de pisar tierra de su dominación y señoría. Por todo lo criado tiene Dios autoridad suprema, por todas partes tiene ministros de justicia, doquiera ejércitos, todo lo abarca con los inmensos brazos de su poder y sabiduría, y así es fuerza dar en ellos irremisiblemente. Escapar de tu mano es imposible, dice el autor de la Sabiduría: *Tuam manum effugere, impossibile est* ³. ¿Y no teméis? ¿Y no tembláis, desventurados hombres?; ó ¿no creéis que es cosa horrenda caer en las manos de Dios vivo? *Horrendum est incidere in manus Dei viventis* ⁴.

Dios mío y piadosísimo Padre, iluminad, os ruego, sus entendimientos, ablandad Vos sus corazones; que yo desespere de alcanzarlo, aunque por ello muriese de pena y ex-

halase á sus pies el último suspiro. Desespere, sí; ninguna confianza tengo de reducirlos. Pero ¿por qué? ¿Porque sean duros de corazón? ¿porque sean rebeldes y obstinados á tu luz? ¡Ah, no, Dios mío! Yo tengo la culpa, soy un y humildad, grandísimo pecador. ¿Cómo queréis que les muevan mis palabras, si soy tan gran pecador, y acaso el peor de todos ellos? Venid, pues, suavísimo amador mío, y apiadaos de mi miseria; suplid mi poquedad y vena vuestra misericordia mi malicia. Otorgadme ahora la gracia que os pido, dadme siquiera un alma. Un alma siquiera, un corazón que y petición ardiente os ame de veras, de tantos como veis aquí presentes. Vos, Señor y dueño dulcísimo de los corazones, escoged el que más os agrade. Pidooslo por la sangre preciosísima que en ese madero santo derramasteis, por las llagas que despedazaron vuestro delicadísimo cuerpo, por las espinas de vuestra cabeza sacrosanta, por los clavos, por la hiel, por las congojas y agonías de muerte que padeció por amor nuestro vuestro piadosísimo Corazón. ¡Dichoso de mí si recabase esa merced! ¡Cómo se regocijaría mi espíritu! ¡Cómo bendeciría vuestra bondad! Un alma quiero. Pero ¿cuál será, Dios mío?

Esfuérzate, ¡oh mujer!, que, sumida ha tanto tiempo en el cieno de tus pasiones, no aciertas á salir de él. Esfuérzate, pobrecito pecador, esfuérzate, ¡oh adúltero! ¡oh avaro! ¡oh blasfemo y perjuro!, que llevas hincado tantos años ha el aguijón del remordimiento, y nunca te resuelves á confesar tu pecado. Un alma quiero, pero la más necesitada, la más perdida y alejada de Vos... Señor, ¿qué respondéis? ¿Me negaréis lo que más ardentemente codicio? ¿Torcéis el rostro á mi demanda?... ¡Ah, ya veo que ofendí vuestro Corazón con pediros sólo un alma! Muchas, y aun todas cuantas se hallan en este templo, oso esperar de vuestra misericordia inagotable. Por ventura ¿no nos hemos de reunir nuevamente en el gran valle de Josafat? No permitáis, Señor, que nos veamos aquel día separados. Juntos estamos aquí, juntos queremos estar á vuestra diestra, sin que uno siquiera de mis oyentes vaya al lugar de la confusión; antes salvos todos, y seguros todos, entremos todos regocijados y triunfantes en el convite de la gloria.

afectos de desconfianza

de confianza

petición ardiente

Os pido un alma

Peroración y afectos de amor á los pecadores

de amor que sea J. C.

de esperanza firmísima,

de amor entrañable.

¹ Strom., l. 5.—² Ps. cxxxviii.—³ Sap., xvi, 15.—⁴ Heb., x, 31.

OBSERVACIONES CRÍTICAS

ACERCA DEL DISCURSO QUINTO

El que leyere ú oyere leer con viva entonación este discurso, es probable que diga: «Esto es predicar, esto es elocuencia verdadera. ¡Qué celo de las almas! ¡qué amor de Dios hervía en el pecho del orador, pues tales centellas saltan de él! ¿Quién se atreverá á pecar, aunque le maten, si tiene presente ese día tremendo que por fuerza ha de venir?»

Ciertamente, si la elocuencia consiste en doblegar la voluntad del hombre y hacer que abrace las cosas arduas y desabridas (porque para que tome las dulces ó muy fáciles no es menester elocuencia), hay que confesar que lo consigue Séneri. ¿Y cómo lo consigue? Moviendo y atrayendo á todo el hombre, cada facultad con su propio objeto, y esto casi á la vez y simultáneamente. Mueve la inteligencia y la despierta con la exposición clara y resplandeciente de la verdad del Juicio; mueve la voluntad con la ponderación del mayor mal que le puede suceder, y que sin remedio le sucederá si no se enmienda; mueve la fantasía con la pintura aterradora de aquel día de calamidad y miseria, presentando cada vez y sin interrupción cuadros más espantosos; mueve el corazón y la sensibilidad con afectos vehementes y variados que el orador va graduando con maravillosa progresión.

Invencción. A primera vista parece pobre y deficiente, por ceñirse á un afecto, el de la **vergüenza**. Es cierto; mas, si bien se estudia, se verá que no descuida los demás, y que saca de la memoria de esa postrimería todo el partido que se puede apetecer. **El fin próximo** es representar vivamente la confusión de los malos en el valle de Josafat; pero **el fin último**, y el que pretende el orador, es apartar al hombre del pecado y preservarle en adelante de caer en él, por el **temor** de no incurrir en tal confusión y vergüenza.

Disposición. Con el **exordio** conmueve y aterra, pero de paso y sacudidamente, y es como el llamamiento del arcángel y un trasladar de súbito á los oyentes á la escena final de los siglos. Para conseguir el **fin próximo** pondera las **circunstancias** del Juicio, las que preceden, las que

acompañan, las que siguen, y con esto concluye la primera parte, dejando espantados y dispuestos los ánimos para lo que quiera el orador. Si aquí terminara, muy escaso fuera el fruto, y sería semejante al que, después de haber sembrado el campo y labrádole muy bien, se olvidase á su tiempo de recoger la cosecha. Y así el **fin último** lo consigue en la segunda parte, arrastrando á su auditorio á que obre desde ahora conforme á la creencia del Juicio, cuya verdad deja asentada en el último argumento.

Elocución. Fogosa, arrebatada y pintoresca; y nuestra lengua, nacida para todo lo grande, se presta como ninguna á declarar á los mortales las maravillas de Dios, tanto sus misericordias como sus castigos. Si á veces deslíe el pensamiento, es por la condición de la palabra hablada que pasa rápidamente; y así hay que insistir en un concepto ó pasión hasta que el entendimiento y el corazón se rinden; no de otra manera los sacrificadores clavaban el cuchillo en el cuello de la víctima, hasta que ésta, bañada en su propia sangre, dejaba de palpar.

¡Imposible parece lo que estraga el mal gusto cuando domina en una época ó nación! Decimos esto por las cosas atroces ó descabelladas que se le escaparon al gran ingenio del Cicerón cristiano, las cuales podrá ver el curioso en cualquier original ó traducción. Nosotros las callamos, porque no hacen á nuestro intento y por no recargar demasiado este libro; en su lugar, y con la reverencia debida, hemos sustituido entre comillas lo que nos parece necesario para el efecto del conjunto. ¡Ojalá hubiéramos acertado con el mismo pensamiento que tuviera Séneri, libre de la tiranía del mal gusto!.

¹ Véase la introducción.

